



SI NUNCA LLEGO
A DESPERTAR
JAVIER YANES

Índice

Cubierta

Prólogo

Si nunca llego a despertar

Epílogo

Notas

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

Si nunca llego a despertar
Javier Yanes

www.megustaleer.com

De tenebris lumen splendescere

*A mamá, papá, Manel y Beto,
lo que soy
y lo que no*

Prólogo

Veinticinco años después, Mombasa, Kenia

Desperté. Había logrado escapar de aquella terrible pesadilla.

Mientras el último reguero de mi sueño giraba en remolino hacia el sumidero de los recuerdos olvidados, la única gota que pude atrapar fue la idea de que había luchado por despertarme, como esos personajes de los dibujos animados que se pellizcan para saber si están soñando. Una idea absurda porque, en cualquier caso, los pellizcos también son imaginarios; así que, digo yo, no pueden doler ni por tanto despertar a nadie. En mi caso no recordaba haberme pellizcado, pero sí haber gritado rogando a mi cuerpo inerte que tirara de mi otro yo, el personaje del sueño, para sacarme de aquella cárcel de sábanas en la que estaba sufriendo. ¿Sufriendo qué? De esto no podía acordarme, por más que apretase los párpados como si intentara volver los ojos hacia dentro para convertirlos en focos que pudiesen iluminar, agazapado en un rincón de mi memoria, a algún monstruito verde de mi pesadilla presto a huir renqueando bajo el chorro de luz. No lo conseguí. Solo tuve la certeza de que el argumento de mi sueño me había transportado a otro tiempo y otro lugar, a mi infancia en un pueblo de Madrid, y que me había devuelto a un sentimiento de opresión y angustia que había dejado atrás hacía muchos años. Ciertamente, aquel era un día idóneo para rescatar las viejas bobinas del pasado y correrlas ante la lámpara del proyector para recordar las imágenes que guardaban. Pero también era un día de pactar deudas, no de saldarlas. Era el día de mi boda.

Sobre el silbido del silencio se arrastraba el claveteo líquido de la ducha. Ella se había levantado antes que yo. Siempre lo había he-

cho. Años atrás, a menudo me había despertado su violín, que en sus primeros balbuceos chirriaba como el maullido histérico de un gato atropellado bajo las ruedas de un tráiler de cuatro ejes frenando en seco sobre el asfalto quemado por el sol, pero que con su práctica, no tanto por la fuerza de mi costumbre, fue transformándose en un canto sedoso que empolvaba los oídos como un pincel de maquillaje. Me levanté, todavía aturdido por la avalancha de sensaciones del mundo real. La habitación estaba demasiado fresca por el aire acondicionado. Descorrí la cortina, abatí la cristalera y un ariete de calor chorreante me golpeó en el pecho. Salí a la terraza de la habitación, parapetada tras un seto de hibiscos, y me dejé caer en una de las sillas de forja. Durante unos minutos, me limité a tender la vista hacia el mar bajo las estrellas vegetales de los cocoteros y a aspirar el aire meloso esforzándome por distinguir el aroma de las flores, pero las olas de vapor me entupían la nariz y me obligaban a beberme el aire en lugar de respirarlo. De repente, un suimanga, que es como llaman a los primos africanos de los colibríes, sobrevoló los hibiscos a toda prisa, como un minúsculo ejecutivo con corbata de seda chillona apresurándose a ordeñar con su pico larguirucho todas las bolsas de néctar recién abiertas al trajín de la mañana. Al otro lado del reborde florido, poniendo el contrapunto al frenesí del pájaro, un empleado del hotel se derramaba perezosamente senda abajo, con la pachorra típica de la tierra, sin levantar el más mínimo ruido. Cargaba una pila de toallas planchadas y blancas como sus dientes, que lució en una sonrisa al saludarme con un «*jambo*». Le devolví la cortesía y con un gesto guasón añadió:

—*Have a nice honeymoon, sir!*

Iba a contestar para sacarle de su error, en el mismo momento en que entendí el porqué de su comentario. Detrás de mí, Estela salía a la terraza vestida con un albornoz del hotel. Le sobraba manga por todas partes. Siempre había sido pequeña e incluso el violín al hombro le aparentaba un chelo mal agarrado, hasta que comenzaba a tocarlo y uno se daba cuenta de quién dominaba a quién.

—¡Vaya, me acaban de convertir en tu señora, *my darling!* —rió mientras me besaba en la mejilla y se sentaba junto a mí con la cabeza envuelta en una toalla—. Mira el caballere te que se ha colado en el baño para espiarme. —Llevaba atrapado en la mano un pequeño geco de color pardo que acariciaba con el dedo. Lo dejó en la mesa y, al inclinarse, el sol de la mañana que rebotaba en el mar le arrancó dos rosetas de fuegos artificiales de sus ojos color alga, idénticos a los de su madre.

—Un geco —informé—. ¿Sabes que se pegan al cristal por fuerzas atómicas? Es increíble, ¿no? El baño les gusta porque allí hay azulejos, y además saben que hay mosquitos esperando a los humanos desnudos. ¿Ha dormido bien mi señora? No me extraña que nos confundan. Mira que empeñarte en que compartiéramos habitación... Seguro que en Alemania tienes por ahí escondido a algún pianista o flautista loco por tus huesos que te habría acompañado hasta aquí encantado. Y en lugar de eso, vienes sola para meterte en el mismo cuarto con el carcamal de tu hermano.

—El carcamal de mi hermano no podía estar solo la noche antes de su boda. Alguien tenía que ayudarte con todo el lío y aguantar tus berrinches de novio histérico.

—Se supone que para eso está la novia, ¿no? Pero va y se empeña en que nos separemos para los preparativos, como si no lleváramos años viviendo juntos en Nairobi.

—La novia hace muy bien. Aunque llevéis años viviendo juntos, esto es distinto. Hasta la hora señalada, tiene que estar con sus padres.

—¿En hoteles separados?

—Pues claro. Es la única manera de evitar el riesgo de que veas a la novia antes de la boda. Está prohibidísimo.

—¿Tú también me vas a decir esa tontería de que trae mala suerte?

—Para la novia, desde luego, más que mala suerte, una desgracia total. Con todos los agobios que la pobre debe de tener ahora, solo le faltaba además tenerte a ti al lado metiéndote hasta en su ro-

pa interior: «Pero ¿todavía estás así? Pues esto te queda mejor de esta otra manera. Pero ¿no te vas a poner el reloj que te regalé?» — recitó con voz burlona—. Y en cuanto a tu comentario, sí, me sé de alguno que se habría apuntado para compartir algo más que habitación conmigo en este paraíso tropical. Pero por desgracia no es el pianista, sino el director de la orquesta. Es más viejo que papá y siempre lleva las uñas negras de mugre, parece mentira que de ellas pueda salir esa magia, porque eso sí, el tío es muy bueno. En cambio, el pianista tiene unos dedos... A ese sí le dejaba yo que me interpretara una *toccat*a a cuatro manos. La pena es que sería *toccat*a y fuga, porque está casado. Tiene un bebé precioso.

—Pero, niña, ¿no puedes hablar así, que eres mi hermana pequeña! ¡Y todavía eres una cría!

Me miró arrugando la nariz mientras se desliaba el turbante de la cabeza para frotarse la melena, tostada como la sabana en estación seca.

—Cómo pasa el tiempo, ¿eh? —susurró—. Parece que ayer todavía estábamos en Torre. Yo saliendo con mis amigas y escondiéndome para que mis hermanos no me vieran beber. Es lo malo de vivir en un pueblo pequeño. Siempre que le tiraba los tejos a algún chico, tenía que hacerlo con un ojo puesto en la puerta por si a alguno os daba por entrar en el mismo garito. Y como todos se fijaban en mis ojos, debían de pensar que yo era bizca. ¡Qué estrés, Dios mío! Qué tiempos aquellos.

—Es que fue ayer. Pero no te quejes. Anda que no te veníamos bien cuando querías librarte de algún que otro moscón y teníamos que aparecer por allí a lo Chuck Norris, casi con la escopeta. Pero sí, el tiempo pasa rápido, y más deprisa según vas cumpliendo años, ya lo verás. Es horrible.

—Bueno, hermanito, pues no lo perdamos. Hasta el mediodía no llegarán los demás. ¿Qué quieres hacer en tu última mañana de soltero? ¿Encerrarte en la habitación a llorar? ¿Playa y mojitos, o lo que sea que sirvan por aquí? ¿Paseo cultural por la ciudad? Porque supongo que no pretenderás que vayamos los dos a un puticlub y

que yo me quede en la sala de espera, ¿no? Claro que, mira, igual aprovecho y me saco yo también unos *shillings*, que seguro que una extranjera rubia se cotiza bien aquí.

—Pero qué bruta eres. Quién diría que la niña dulce del violín puede ser tan procaz. Si Fräulein Liebermann levantara la cabeza, con lo que ella luchó para hacer de ti una señorita concertista modesta y recatada...

—Nene, Fräulein Liebermann, a quien Dios tenga en su gloria, consiguió transmitirme la emoción de tocar el *Ave Maria* de Gounod, pero no la emoción de ser virgen, la pobre. De hecho, nada es comparable a una pieza de violín como fondo musical para...

—Deja, prefiero que no me des detalles —interrumpí—. Pues mira, ya que has hablado de Torre... —Una ráfaga de viento sacudió las palmas de los cocoteros, que pugnaron unas contra otras arañándose con sus dedos afilados—. Verás, he soñado algo. Era una pesadilla, pero no puedo recordarla. Solo sé que éramos pequeños y...

—¿Y?

—Estela... Quiero ir a Gedi.

—¿A Gedi? ¿Es...?

Asentí.

—Toño... ¿Estás seguro? —insistió.

—Sí.

—Pero te casas esta tarde. ¿Está lejos?

—No. A menos de dos horas. Será ir y volver. No es una visita cultural. Solo quiero verlo. Estar allí.

—Pues a Gedi. Por lo menos me dejarás desayunar, ¿no? —Otro empleado pasó por delante de nuestra terraza y mi hermana respondió a su «*jambo*» sacudiendo la mano como si fuera la reina de Inglaterra—. ¡No entiendo lo que me dice! —protestó. Se levantó de la silla y, mientras entraba en la habitación, me gritó—: ¡Si dejas que me ponga las bragas, en diez minutos estoy lista!

Un rato más tarde circulábamos hacia el norte por la carretera de Malindi. Yo conducía mi coche que había traído desde Nairobi. A

mi izquierda, Estela asomaba la cabeza por la ventanilla y se dejaba peinar las pestañas por el aire corriente contemplando las monumentales torres de baobabs que presidían un desfile de regimientos de cocoteros, sisales y anacardos; saludaba a los niños que jaleaban nuestro paso; observaba estupefacta a dos hombres que caminaban por la cuneta en mitad de ninguna parte y vestidos de cocineros, con su gorro y todo; se tapaba la nariz cuando nos adelantaba un escacharrado autobús humeante o un *matatu* despendolado, y se maravillaba ante todo como la niña que todavía era. Yo le enseñaba algunas palabras en swahili, *mtoto*, *nyama*, *duka*, *bwana*, y ella reía porque le parecían onomatopeyas sacadas de las viejas películas de Tarzán.

—Gracias se dice «*asante*» —le enseñé.

—Oh, *asante*, eso sí suena muy *fashion*. Creo que lo voy a utilizar cuando me salude algún preboste después de un concierto.

—¿Estás a gusto en Aquisgrán?

—Huy, Aquisgrán, qué antiguo e imperial suena eso. Aachen.

—Bueno, eso, Aachen.

—Pues sí, no me quejo. La orquesta tiene mucho nivel y estoy aprendiendo un montón. La ciudad está guay, hay muchos sitios para salir, Bélgica y Holanda a un paso... Y además, allí se inventó el sándwich.

—No me digas.

—Pues sí. ¿No te acuerdas del *Libro Gordo de Petete*? ¿El conde de Sándwich, que no quería dejar de jugar a las cartas y sus criados le prepararon el primer bocata de la historia? Pues fue allí, en Aachen.

—¡*El Libro Gordo de Petete*! ¡Pero tú no puedes acordarte de eso, no habías nacido! Casi no me acuerdo ni yo.

—Mamá me ponía los vídeos. Siempre quiso que fuera una chica cultivada. Creo que gracias a Petete me aficioné a la música. La sintonía era tan bonita...

Mientras reíamos, mi bolso posado entre los dos asientos del coche rompió a interpretar la sintonía de Indiana Jones.

—¿Y eso? —preguntó Estela.

—Es mi móvil. Cógelo, por favor, nena.

Mi hermana se lanzó a rebuscar entre mis pertenencias.

—A ver... Cáscaras de plátano, un puño americano, condones...

¿Para qué, si ahora no los necesitas?

—No seas gamberra, no llevo nada de eso.

—Aquí está. —Por fin sacó el aparato y descolgó—. ¿Residencia del doctor Jones, dígame? ¡Hola, mami! ¿Que ya habéis llegado? Pero ¿a qué hora habéis salido de Nairobi...? Pues claro que no estamos en la habitación. En este preciso momento estamos cogiendo un vuelo a Singapur... Sí, Toño se ha arrepentido...

—¡Pero qué idiota eres! ¡La vas a matar de un infarto!

—Quiere hablar contigo. —Me ofreció el teléfono.

—Sujétamelo en la oreja, por favor... ¡Hola, mamá...! Estoy conduciendo. No os esperábamos hasta más tarde... Pues dando una vuelta. ¿Habéis tenido buen viaje...? No te preocupes, mamá, todo está atado y bien atado... No, no queda nada por hacer, mamá, todo está preparado, puedes estar tranquila, relájate y disfruta del trópico... Tu hija es una gamberra, como si no la conocieras... Instálalos y tomad algo en el hotel. Nosotros estaremos allí dentro de un rato... Un besazo, mamá.

En el margen de la carretera apareció el letrero que señalaba el desvío a Gedi.

—Aquí estamos —atajé—. Gedi. La ciudad perdida.

—Pues la hemos encontrado muy bien —bromeó Estela.

Entre las frondas enmarañadas del bosque serpenteamos unos cientos de metros hasta la entrada a las ruinas. Allí detuve el coche. Descendimos y Estela dejó escapar una bocanada de asombro mientras aventurábamos nuestros pasos sobre la moqueta vegetal. Gedi era una gran ensalada de verdura fresca revuelta con picatostes cúbicos de coral y aliñada con la lluvia y la condensación del aire empapado en vapor. En los rompeolas de roca ennegrecida estallaba una quieta marea verde que refulgía en esmeralda allí donde el sol se tamizaba a través de la malla de ramajes. Madera y piedra

se trezaban en cicatrices fósiles y estribos derruidos que parecían sostener los árboles en vilo. Sus raíces se hundían atravesando muros en escalones por donde se vertían cascadas de hierba sobre un lecho acolchado de hojas y musgo. Entre los vestigios, alguna columna esbelta se erguía escapando de la maleza hacia la bóveda enramada como una almenara pidiendo auxilio contra la voracidad de la selva. El lugar era casi un decorado, la estampa perfecta de las láminas que entusiasmaron a los pintores románticos, el orden humano devastado por la insurgencia de la naturaleza.

—¡Dios mío! Pero ¿qué sitio es este? —exclamó Estela—. ¡Parecen las minas del rey Salomón!

—Es aún más misterioso —añadí—, si se tiene en cuenta que este lugar sí existe de verdad, pero nadie sabe casi nada de él. Más de cuatrocientos años de historia en blanco. Ni quién la construyó, ni quién la habitaba, ni por qué se marcharon. Una ciudad costera sin salida al mar, sin puerto, oculta en la selva, pero donde se han encontrado porcelanas chinas de Ming, cristal veneciano y hasta unas tijeras españolas. Ignorada durante siglos en las crónicas swahilis, árabes y portuguesas. Nada. Ni una sola línea. Nadie fuera de aquí la conocía hasta casi el siglo xx. Ni siquiera están seguros de cuál era su verdadero nombre. Por eso a papá le fascinó tanto.

—¿Qué quería hacer aquí?

—Llenar esto de cámaras grabando día y noche durante tres meses. Por entonces había un equipo que excavaba las ruinas después de décadas de abandono. Él iba a filmarlo todo en primicia. Incluso algunos animales que viven aquí y que jamás han sido capturados, ni siquiera en película. Las leyendas locales hablan hasta de algún monstruo mítico que se esconde en lo más profundo del bosque: el Duba, una especie de primo swahili del yeti. Por supuesto, papá no se creía esas fábulas, pero este es un lugar sagrado y temible para la gente de por aquí. Al parecer, desde antiguo ha servido para celebrar sacrificios y rituales. Cuentan que el primer arqueólogo que trabajó aquí, un inglés llamado James Kirkman, decía sentir una presencia que lo vigilaba. Papá quería enseñar al mundo la última

ciudad perdida de la humanidad, la única en la que aún no se habían rodado kilómetros y kilómetros de cinta. Lo llamaba su *Gigante*. Iba a ser su obra cumbre, la que lanzaría definitivamente su carrera. Pero... ya sabes.

—Toño... —titubeó Estela.

—¿Sí?

—Nunca... nunca me habéis contado en detalle lo que pasó aquel verano...

Era cierto, como también era inevitable que la visita a Gedi suscitara en mi hermana algo más que la curiosidad: la necesidad de comprender de dónde venía, cuál era su identidad, entroncada y enredada con la maleza y la sillería de coral de aquella ciudad arrasada cuya existencia hasta entonces había ignorado. Y era ineludible que su afán de saber reabriera mis recuerdos, cauterizados mucho tiempo atrás, aunque siempre visibles como la escara de un tatuaje mal borrado. Sin embargo, de eso se trataba, de estar allí, de rendir un homenaje a otro tiempo y de atar los cabos sueltos del pasado. Un pasado que se remontaba a un cuarto de siglo atrás, a «aquel verano», dos palabras que apenas habían acariciado los labios de Estela antes de flotar a través de la mañana africana hasta mis oídos, donde el leve rataplán de los huesecitos del tímpano corrió por mis nervios para desatarme en el cerebro una tormenta eléctrica de recuerdos.

Aquel verano...

22 de junio

DÍA -3

Desperté. Era el primer día del verano. La ventana de mi habitación estaba entreabierta y por la rendija se colaba la clase de ruido que era la obertura perfecta de las vacaciones: nada. Una página musical en blanco para llenarla con toda la patulea, el chapaleo y el chacoloteo que pudieran dar de sí los tres meses de libertad. Apenas el trino de algún pájaro, que parecía servir como pentagrama para pautar la partitura. Me incorporé y descubrí a Indiana Jones observándome desde el póster de la pared. Imité su postura y él sonrió, golpeó el ala de su fedora y me arengó: «¡Vamos, chico, a comerse las vacaciones!». Sentí que la calma de la mañana intentaba aspirarme por las orejas la energía que me hinchaba el cuerpo hasta casi hacerme reventar. No había máquina en el mundo, dúmper minero, grúa portuaria o tuneladora del metro con potencia para mover el mundo como el cuerpecillo de un chaval al son del inaudible toque de corneta de las vacaciones. Usando la cama de trampolín, me disparé hacia el baño, el armario, el pasillo, las escaleras y la cocina, rebotando en las paredes como una bola rellena de nitroglicerina en una máquina de *pinball*. En la cocina, mi madre preparaba algo en los fogones y mantenía una tertulia sorda con la camarilla de periodistas que, desde la radio de la encimera, hablaban cansinamente sobre algo llamado «coyuntura».

—¿Coyunturaaaa? —interrogué, arrugando la nariz hacia la frente.

—Anda, coyuntura, ven aquí y dame un beso, dormilón.

Dejé mi mochila en la mesa y la abracé desde atrás, apretando mi mejilla contra su espalda, donde mi cara se ajustaba tan estrechamente que casi hacía ventosa. Las madres están llenas de ese tipo de detalles de diseño perfectamente conseguidos, y debe de ser

para eso que las mujeres tienen tantas curvas. Yo lo comprendí cuando nos explicaron en el colegio aquello de la evolución de las especies. La profesora decía que la cangura tiene una bolsa en la tripa para cargar con su hijo hasta que puede valerse por sí solo. Yo deduje entonces que los humanos no necesitamos bolsa porque inventamos el coche familiar, pero a cambio nuestras madres disponen de un buen montón de asideros y abrazaderos de serie para que nunca nos caigamos.

—¿Mif hermanof? —farfullé a través de la blusa de mi madre.

—Han salido hace un ratito, cariño. Fíjate, hoy que ya estáis de vacaciones y podéis dormir todo lo que queráis, han aguantado poco en la cama.

—¿Adónde han ido?

—No lo sé. Se han llevado las bicis. Pero te han dejado una nota, toma. —Se secó las manos en un paño y me alargó un papelito doblado—. Mmm... Esta salsa está quedando para mojar hasta las piedras —susurró, probando una sustancia marrón de una cuchara de madera.

—¿No vas al periódico hoy?

—Alguien tiene que ocuparse de las maletas, ¿no te parece? Hacer el equipaje para todo el verano lleva su tiempo. Casi hay que viajar con la casa a cuestas, como estos caracoles de la olla. Pero si quieres, puedes ayudarme a empaquetar cosas.

—¿Y papá?

—No sé por qué, ya me parecía que no ibas a ofrecerte voluntario. Tu padre está en el despacho, enfrascado en sus cosas, preparando el trabajo que tiene que hacer mientras nosotros estamos de vacaciones. Pero no le molestes, que tiene mucho lío. ¿Vale, cariño?

—Vale. ¿Cuándo nos vamos, mami?

—Pasado mañana.

—¡Bien! Me voy a buscar a Miguel y Nico.

—Bueno, pero te llevas puesto el desayuno —dijo, depositando sobre la mesa un paquetito de plástico con galletas y un brik pequeño de leche, mientras aún sostenía el papelito y probaba de